

Enrique Bunster

“Las cuatro tablas”

(EL BAUTISMO DE FUEGO DE LA MARINA DE CHILE)

«Nuestra bandera ha nacido para los latigazos del viento en lo alto de una cofa; para ese crepitar desenfrenado que promete mucha ventolera de aguas, mucho cabello en desorden y mucha hazaña heroica en los mares esplendorosos»,—B. SUBERCASEAUX.



ENCIDAS las fuerzas terrestres españolas en la final batalla de Maipo, concentráronse los esfuerzos del Director O'Higgins en un objetivo colosal: abatir al enemigo en el mar, donde aun imperaba como soberano, y llevar la guerra libertaria hasta el último de sus bastiones: el Callao inexpugnable.

«Al Perú, o todo se lo lleva el diablo», había dicho San Martín.

«Esta victoria y cien más», corroboraba don Bernardo a raíz de Chacabuco, «serán inútiles si no obtenemos el dominio del Pacífico».

Y no bien se daba por concluída aquella primera etapa de la contienda, que había rayado en lo épico, se inauguraba la segunda, que iba a lindar con lo legendario.

Los tiempos eran de improvisaciones, de portentos y de milagros. El paso de los Andes, con los triunfos y contrastes

subsiguientes, parecían un sueño increíble, desvanecido como las polvaredas de las cargas de la caballería: tan inesperado y tan espléndido había sido cuanto ocurriera en esta vorágine de sucesos.

Era como si la Fortuna se hubiese puesto enteramente de parte de las banderas patriotas y fuera a acompañarlas donde quiera que ellas marchasen. . .

Pero esta vez el intento era osado en demasía y la empresa desde todo punto de vista fantástica. Los espíritus más entusiastas se volvían incrédulos. España poseía el océano como propiedad indiscutida: lo surcaban sus naves erizadas de cañones, sin hallar jamás una vela adversaria, y en todos los puertos, de sur a norte,—San Carlos, Valdivia, Talcahuano, Arica y Callao,—eran inmunes al abrigo de sus fortalezas.

¿Cómo podían los extenuados chilenos, sin escuadra, sin marinos, sin arsenales, sin astilleros, sin tesoro y sin experiencia ni conocimiento alguno del mar, levantarse contra aquella fuerza omnímoda?

Había un hombre, empero, que no vacilaba. Este era O'Higgins, el cual respondía con otra pregunta: ¿No creamos ya un ejército, no sacamos de la nada armamentos, capitanes y soldados, y no vencimos con ellos?

Y lleno de inmensa fe, sordo a la prudencia y al ridículo, señalaba con su mano hacia Valparaíso. . . Allí había un pesado navío balanceándose en la bahía desierta: el *Lautaro*.

¡Un buque, un solo buque, y sin marineros!

Era difícil contener la risa o la pena: un piadoso silencio rodeaba al Director. Pero el pequeño gigante no lo advertía, porque todas sus capacidades estaban proyectadas sobre el porvenir, y su mente no recibía ni emitía más que una idea, su idea fija: crear una flota y destruir con ella la del Rey.

NOVEDAD HISTÓRICA.

Se precisaba ante todo un Almirante, un organizador. Fué necesario improvisarlo también, como se improvisaron los generales, los estadistas y los diplomáticos. Y he aquí que el hombre mejor dotado para cargo tan difícil,—porque un comandante de marina debía tener, aun en esos tiempos, una instrucción y una experiencia de toda una vida,—era un joven de 28 años no cumplidos, que apenas había hecho una que otra navegación como pasajero, y cuyo único antecedente en náutica era el haber estudiado en la Academia de Marineros en la isla de León (España) y el haberse hallado a bordo de un buque de línea en el bloqueo de Cádiz, todo lo cual habíale valido el grado de Alférez de navío.

Era su nombre Manuel Blanco Encalada, y aunque a la sazón ya tenía el prestigio de un héroe, pues había mandado la artillería en Rancagua y en Maipo, en modo alguno poseía la ciencia requerida para comandar las fortalezas flotantes que son los barcos de guerra.

El conocía su ignorancia: debió temblar cuando O'Higgins lo distinguió con el terrible nombramiento.

¡De alférez a comandante en jefe! ¡De aprendiz a organizador y conductor de escuadra!

Era un caso nuevo en la historia: el espaldarazo bastaba por sí solo para aturdir al agraciado. Porque en sus débiles hombros iba a descansar la probabilidad de la victoria o la derrota en una beligerancia a muerte, de la cual dependería el destino de un pueblo y de un mundo.

¿Pero no era también el propio O'Higgins un paisano convertido en general y en gobernante de la noche a la mañana? ¿No eran todos los patriotas y la Patria entera una pura creación espontánea?...

No había, pues, de qué admirarse.

Y el joven Blanco, asistido de pronto por una confianza y una ambición de gloria que lo hacían sentirse capaz de cualquier empresa, fué alegremente a tomar la dirección de aquella Escuadra que aun no existía.

VALPARAÍSO: NIDO DE CORSARIOS.

Mientras O'Higgins, en Santiago, se devanaba los sesos buscando recursos para la adquisición de las primeras naves, el Almirante Blanco, en el puerto, se torturaba indagando cómo podría procurarse los hombres que debían formar sus tripulaciones.

Valparaíso era entonces una aldea de casas de adobe con techos de teja, repartidas sin concierto entre callejas polvorientas. No había muelles, ni embarcaderos, ni defensas, y el mar rompía en la base misma de los cerros, porque aun faltaban muchos años para que la ingeniería disputase a aquél cien metros de extensión y crease el moderno sector del «plan». Comenzaba a surgir un insípido comercio, y la bahía, abierta a las quillas de todas las naciones, solía dar refugio a tal o cual embarcación extranjera: balleneras norteamericanas, mercantes de la India y alguna *warship* de Su Majestad Británica en crucero alrededor del mundo.

¿Cómo obtener marinería competente en aquella caleta desolada?

El Almirante (vestido todavía de militar, pues que el uniforme de marino hubiera sido un sarcasmo), contemplaba a los pescadores y a los fleteros como únicos candidatos posibles a tripular sus buques hipotéticos. Pandillas de desocupados y de vagabundos, por otra parte, lo seguían por la playa solicitándole el honor de ser enrolados. ¿Pero sabían los infelices izar una vela, cargar un cañón o trepar las jarcias sin matarse? ¿No habían pisado una cubierta! ¿No conocían el horror del mareo, bautismo del aprendizaje naval!

Blanco no desmayaba, sin embargo, y exigiendo a su inventiva cuanto podía dar, halló cómo resolver en parte el problema.

Echaría mano de los corsarios. Porque Valparaíso los producía entonces, aunque pareciese o parezca portentoso.

Una ley de corso dictada en los días de Chacabuco, autorizaba a particulares asaltar y despojar los barcos de comercio españoles. Acogiéndose a ella. No había tardado un puñado de audaces en organizar estas expediciones de arrojó, y a esas alturas ya tenían instaurado el terror en el mar y escrita en la tradición una página imperecedera. Tripulando barquichuelos ínfimos y sin más armas que el puñal y el machete ni más táctica que el abordaje nocturno, asolaban la navegación del Pacífico hasta Guayaquil o Panamá y hacían presa de los majestuosos veleros cargados de mercancía. El más célebre de aquellos héroes, de nombre Guillermo Mackay, había realizado la hazaña de salir en un lanchón con una veintena de descamisados y de volver en fragata de tres palos capturada en Arica.

De tales lobos ya podía decirse que eran marinos; y aunque no pasaban de ser una ralea de aventureros sin noción de disciplina, se propuso el Almirante atraerlos a su causa y domarlos.

Con paciencia y tacto sumos, ofreciéndoles una paga modesta pero segura, fué enganchando a esta turba abigarrada en que se codeaban los rotos del Almendral con los yanquis, los ingleses y hasta los rusos y chinos de la más diversa catadura, a medida que aportaban de sus incursiones de pillaje. Luego el corso fué prohibido, y no hubo ya sino marinos y marineros oficiales del Estado.

LA ESCUADRA.

Entonces se hizo de urgencia imperiosa la obtención de las unidades que debían constituir la flota, porque la gente contratada no podía permanecer inactiva en la tierra.

Empezaba para las escuálidas cajas fiscales la tarea de allegarse los fondos para las compras. El país estaba arruinado por tres siglos de coloniaje succionador y por cuatro años de guerra devastadora. Las tropas nacionales no tenían ya vestuario, en la Maestranza no había papel para cartuchos, y el propio Director Supremo se hallaba impago de sus sueldos.

A bordo del *Lautaro*, en cuyo palo mayor flameaba con pompa su insignia, Blanco preguntábase qué iba a ocurrir si O'Higgins no acudía pronto en su auxilio. Entretanto, antejo en mano, dirigía sus miradas melancólicas sobre un navío de dos puentes que flotaba en medio de la rada, y cuyos armadores ingleses lo habían traído desde la India para ofrecerlo en venta al Gobierno. Se llamaba *Cumberland*, y era la embarcación más grande y fuerte que jamás surcara este mar. Medía 1,300 toneladas,—una enormidad para la época,—y exhibía 64 cañones imponentes. El Almirante pensaba con nostalgia que si él montaba aquel coloso, sería invencible en el Pacífico y estaría decretada la ruina de la armada española.

Pero el *Cumberland* valía ciento cuarenta mil pesos, y esta fortuna nadie sabía donde poder encontrarla...

Vinieron después a ofrecerle una corbeta, barquito de poca monta que había servido en el corso. Era la *Coquimbo*, de 20 cañones y 450 toneladas. Completamente equipada, valía lo que hoy vale un balandro de paseo: treinta y cinco mil pesos.

Fué adquirida,—porque O'Higgins, contra viento y marea, estaba arbitrando los medios de reunir dinero,—y, rebautizada con el nombre de *Chacabuco*, vino a colocarse cerca del *Lautaro*, izando la bandera de la estrella.

Ya había dos buques. Blanco Encalada podía usar su uniforme sin exponerse a las burlas.

Esto ocurría a principios de julio. En la medianía del mes, el Almirante recibía una nota sensacional del Director: «Podemos comprar el *Cumberland*». ¡Blanco creyó que era una broma! ¿Cómo había sido posible aquel prodigio?

Es que O'Higgins, superándose en actividad e ingenio, agrandándose como él lo hacía en las grandes circunstancias, recurría ahora a todas las combinaciones lícitas en pro de su finanza. Se alzaban los impuestos y se inventaban otros nuevos, se creaban contribuciones y multas, instituíanse donaciones, óbolos y beneficios, y el Director de la República ponía su firma en empréstitos a cuyo vencimiento ya se vería lo que se hacía. La hacienda estatal y privada se estrujaba sin misericordia doblegadas todas las voluntades ante la consigna del momento: Buques, buques.

Así, con sacrificio y penuria, pudo el pueblo hambreado pagar el *Cumberland* y traerlo al costado del barco almirante, poniéndole su bandera al tope y bautizándolo, agradecido, con un nombre ilustre: *General San Martín*.

Ya eran tres las naves: formaban una escuadrilla. Pero Blanco y O'Higgins necesitaban otra más, y la obtuvieron con un esfuerzo que era el último dentro del titánico esfuerzo general.

Era la nueva adquisición el bergantín *Columbus*, pequeño «dos palos», traído por un yanqui expresamente para venderlo. Iba a ser como la mascota de la Escuadra, pues no registraba sino 270 toneladas ni tenía para atacar o defenderse más que 16 cañones de calibre menor.

Se pagó por él treinta y tres mil pesos, y enarboló el pabellón nacional con el nombre de *Araucano*.

Tal era la fuerza que estos dos visionarios habían sacado de la nada en cinco meses de desvelos, de constancia y de habilidad, inexpertos como eran y con todo confabulado en su contra.

Como grandes pájaros prestos para emprender el vuelo, mecíanse las cuatro embarcaciones delante de la admiración popular. Era una maravilla más en ese tiempo maravilloso. La incipiente nación que hasta ayer soportaba el bloqueo del ene-

migo, se preparaba a bloquear a su vez, y a luchar de igual a igual en un elemento que aun le era desconocido.

Con el optimismo propio de su juventud, escribía Blanco Encalada al Secretario de Marina:

«La Escuadra está lista, socorrida de todo, aparejada, envergada, con aguada para seis meses. No falta más que darle víveres, gente y algunos cañones, y echarla a la mar. Su fuerza es tal, que puede hacerse dueña del Pacífico y frustrar toda expedición ulterior de España; puede tomar a Talcahuano, destruir el Callao y dar golpes de tal importancia que admiren a la Europa y aseguren la libertad de América».

EL ADVERSARIO.

Pero nadie, en la América vigilante, sospechaba sin embargo el inminente peligro que amenazaba desde el otro Hemisferio, en la forma de una Armada abrumadoramente superior a la que hacía jactarse al Almirante chileno. Un convoy de doce grandes unidades, atestadas de tropa y de armamentos, y que era tal vez la expedición más poderosa de cuantas enviara el Rey contra su mundo perdido, se alistaba en Cádiz, por el mes de mayo, para venir a incrementar la ya temible marina hispánica del mar del Sur.

Pretendía Su Majestad castigar con furia a los «insurgentes» que habían osado desacatarlo y darles tal escarmiento, que de una vez abandonasen la idea de rebelarse.

Era una selva de mástiles y un erizo de piezas de artillería que conspiraban desde el puerto español contra las remotas colonias independizadas. Llamábanse las naves,—pues merecen nombrarse en mérito de la odisea a que van a lanzarse,—la *Trinidad*, la *Jerezana*, la *Escorpión*, la *Dolores*, la *Especulación*, la *Carlota*, la *San Diego*, la *Elena*, la *Magdalena*, la *Atocha* y la *San Fernando*. Eran transportes cargados de mercaderías, pero armados también como para asistir a un comba-

te. En sus cuadras habían tomado acomodación un regimiento de infantería de 1,600 plazas, uno de caballería de 300, una compañía de 90 zapadores y otra de 90 artilleros. Mandaba esta fuerza un jefe eminente: el comandante don Fausto del Hoyo, que odiaba a los americanos y aspiraba a ganar celebridad a costa de su derrota.

Encabezaría la expedición la más bella y velera fragata del monarca: la *Reina María Isabel*, que era tan grande casi como el *San Martín* de los chilenos y no menos eficaz con su medio centenar de cañones. La mandaba en jefe otra eminencia, el capitán de navío don Manuel del Castillo, y hacía de segundo don Dionisio Capaz, un hombre más que fogueado en el mar, porque a los 20 años de su edad, siendo un alférez, se había encontrado en el torbellino de fuego de Trafalgar, disparándole a Nelson desde los buques de Gravina.

De modo que, a no mediar una circunstancia providencial, debía verse antes de mucho la pequeña escuadrilla de Valparaíso envuelta en un conflicto sin salida entre aquella flota, de suyo considerable, y desde que ya la espiaba entre Callao y Talcahuano, y que no le iba en zaga a la primera en cuanto a número y potencia, porque la integraban notabilidades como la *Vigonia*, la *Esmeralda*, la *Prueba*, el *Pezuela*, la *Venganza*, el *Potrillo*, la *Perla*, la *Sebastiana*, la *Cleopatra* y una cantidad imprecisada de corbetas, goletas, bergantines y cañoneras que pululaban arriba y abajo del litoral en perpetua acechanza.

Una vez que ambas escuadras españolas tomaran contacto y marchasen como una masa sólida contra el cuarteto de Blanco, éste y su causa debían perderse en cuestión de momentos. ¡Cuatro contra cuarenta!

La guerra, empero, tiene variaciones caprichosas e inauditas sorpresas. Sus invisibles manos comenzaban a mover aquellas piezas en el vasto tablero de los océanos.

AUGURIO DE CONTRASTES.

O'Donnell, conde de La Bisbal y brazo ejecutor de la empresa, había arengado a las tropas y marinerías en el muelle de Cádiz, en el instante de ir a embarcarse. Pero he aquí en qué estilo y con qué consecuencias. Dijo con soberbia que esperaba que todos irían contentos a vengar los ultrajes inferidos «al mejor de los reyes»... Aprovechando la pausa, se adelantaron dos granaderos vizcaínos y declararon con franqueza que ellos no iban contentos. Preguntóles O'Donnell por qué, y le contestaron que porque desde hacía ocho meses no les pagaban sus sueldos. El diálogo no pasó adelante, pues llamó el conde un piquete de fusileros, y en el mismo lugar, en la presencia del público, mandó pasar por las armas a los dos insolentes.

Se embarcaron así las fuerzas expedicionarias bajo una sombra de tragedia: el pueblo español,—supersticioso inventor del espejo quebrado, de la sal volcada, del gato negro y del fraile cojo,—vió salir su flota en medio de un silencio y de una tristeza mortales. Nunca hubo una despedida tan melancólica, y el torpe mandón debió también presentir que aquellas velas iban al encuentro de la desgracia.

Ella estaba, por otra parte, augurada desde antes. Un gran sector de españoles no comulgaba con el Rey en la política de represalias. La guerra contra los patriotas no era popular. Se estimaba inútil luchar con ellos, pues no harían sino exasperarlos. La cordura y la humanidad no veían más que un camino: el de las concesiones, de las libertades y de la justicia. Así lo había expresado el economista Flores Estrada, siete años hacía, en un libro que fué célebre. Pero aquel monarca imbécil, influído por consejeros más obtusos todavía, no quiso o no pudo entenderlo, y resbalaba alegremente por la pendiente fatal.

Ya no era tiempo, además, de rectificar el error, porque los patriotas, que hubieran aceptado el año 11 una reforma,

no aceptarían en el 18 más que una alternativa: o mantener su independencia, o ser exterminados.

MOTÍN.

El real convoy debió recalar en Tenerife para recoger provisiones. Allí empezaron sus contratiempos. Uno de los buques, la *San Diego*, tenía sus fondos podridos y venía inundándose. Tuvieron que trasladar sus soldados a los otros barcos y eliminar de la expedición lo más inservible.

Iba a darse la señal de partida, cuando un violento ataque derribó entre gritos al comandante Del Castillo, el jefe supremo. Llevado a su cámara, diagnosticó el cirujano: «Parálisis». Hubo de abandonar el mando y ser conducido a tierra como un inválido.

Izó su bandera, reemplazándolo, don Dionisio Capaz, el de Trafalgar, y tomaron la marcha las naves en pos de la *María Isabel*.

Pero no bien se esfumaba Tenerife en la lejanía, detúvose la bandada como por obra de encantamiento. Estaban en la zona de las calmas, donde la brisa y hasta el aire suelen dormirse. Tornóse el mar inmóvil y el sol agobiador. Por dos o tres semanas yacieron las lonas flácidas, sin avanzar un palmo. Los primeros síntomas del escorbuto se hacían sentir.

Puestos al fin en movimiento, allá por los 5.º de latitud norte, estalló el viento en huracán. Entre montañas de agua se vieron los bajeles dispersados, las velas hechas jirones, los palos arrancados de cuajo. Lucharon todo el día, llegó la noche y unos de otros se perdieron de vista por completo.

La expedición se deshacía.

El ciclón arrastró a uno de los transportes, la *Trinidad*, hasta las inmediaciones de la línea y a gran distancia de los continentes.

Este fué el momento de declararse una sublevación que al parecer venía planeada desde Cádiz. Un cabo y tres sargentos, respaldados por la unanimidad de los marineros y por el total de los soldados, se presentaron al capitán para manifestarle que no querían combatir a los americanos, que no reconocían las órdenes del gobierno español y que deseaban desembarcar en Buenos Aires como emigrantes de paz.

Hasta aquí su actitud era tranquila y comedida; pero la intervención de tres suboficiales leales que pretendían dominar el alzamiento, dió al conflicto los caracteres de un tumulto. A su amenaza de volar la Santa Bárbara si no volvían a la disciplina, se enfurecieron los amotinados y sobrevino una acometida a bayoneta que hizo de la cubierta un matadero. Fueron asesinados los dos capitanes de la tropa, el primer ayudante, tres tenientes y los tres suboficiales que habían iniciado la resistencia.

El capitán cedió entonces, vencido por el terror, y su buque ensangrentado tomó el rumbo del Plata.

Uno a uno se sucedían los desastres en este viaje auspiciado por la fatalidad. Y no fué la menor desgracia el que los patriotas tuviesen conocimiento de la expedición mucho antes de su arribo, dándose tiempo así para aguardarla prevenidos. Un bergantín inglés llegado en esos días a Buenos Aires, y procedente también de Cádiz, comunicó haber visto en la línea las naves de Capaz. Dió cuenta de su armamento, calculando su fuerza de combate en 3,000 hombres, y aseguró que se dirigían al Callao por la vía del Cabo de Hornos. La comprobación de sus noticias se encontraba en las propias valijas del Correo de que era portador: patriotas o simpatizantes escribían desde Cádiz anunciando la salida del convoy realista.

Estaba dada la alarma: la América no sería cogida por sorpresa.

«VAMOS A COMBATIR».

Casi en pos del oportuno buque inglés, aportaba en Ensenada, cerca de Buenos Aires, la sublevada *Trinidad*. Sus tripulantes y pasajeros bajaron a tierra, entregaron sus armas a la policía y pusiéronse bajo el amparo de la República.

El pueblo acogió a los inesperados amigos con desborde de simpatía.

Cuatro días después, entraban en triunfo a la capital. Desfilaron a lo largo de una calle formada por dos hileras de soldados de la guarnición, entre el vitoreo delirante de la multitud. El cabo Martínez, promotor del motín, era llevado en andas, envuelto en una bandera argentina y aclamado como héroe. Aquella misma tarde recibía del Gobierno el nombramiento de teniente del ejército nacional.

Estaba a la sazón en Buenos Aires, para la gestión de nuevas adquisiciones navales, el agente de Chile don Miguel Zañartu. Sin perder un momento escribió un informe de los sucesos, y el mismo día volaba a Santiago un emisario expreso.

«Volar», entonces, era transponer la pampa y la cordillera, a lomo de mula, en 16 días.

Dada la gravedad de los instantes, apuró Zañartu la compra de un barco aparejado, aunque pequeño, y sin tardanza lo despachó para Valparaíso. Anteriormente había zarpado otro, fletado por los argentinos, para venir a reforzar la amenazada escuadra chilena.

La nota del agente llegó a las manos de O'Higgins. En ella decía Zañartu que la expedición debía estar ya muy próxima a entrar en el Pacífico, que seguramente iba a tocar en algún puerto de Chile, y que estimaba prudente salirle al paso y desbaratarla en su travesía hacia el Perú, por arriesgado que fuese.

O'Higgins, probado en cien peligros, no perdió la serenidad ni creyó que enfrentar a las dos marinas enemigas con la

suya sería tan imposible. Llamó a sus ministros y les participó que había llegado el momento de que la fuerza marítima demostrara su eficiencia. No hubo ninguna manifestación de nerviosismo, ninguna precipitación, y ni siquiera se trató de mantener las noticias en el secreto. El pueblo que había ganado en Maipo, que había sido capaz de rehacerse de una ruina y de sobreponerse al hambre misma, tenía derecho a que lo informasen de los acontecimientos de vida o muerte que estaban por producirse.

Se anunció, pues, que la Escuadra se preparaba para entrar en acción.

Entonces las miradas de todo un país se volvieron hacia el hombre sobre el cual iba a pesar la magna responsabilidad; y un solo nombre y una sola esperanza eran formulados por un millón de ciudadanos: Blanco Encalada.

El patriota precoz que mandaba las velas a los 28 años después de mandar los cañones a los 24, y que sería Senador a los 30 y Presidente de la República a los 36, el novelesco personaje que iba a brillar un día en los salones de las Tullerías como Ministro de Chile ante Napoleón III y como amigo del alma de la Condesa del Montijo; el sujeto pintoresco y múltiple que era chileno entre los chilenos con haber nacido en Argentina de padre gallego que era genial con ser sietemesino y que moriría de viejo y sin un rasguño con haber pasado una vida a cañonazos, saltaba al tapete de la popularidad, tornábase en el máximo campeón libertario y conocía, como pocos la conocieron, la vanidad embriagadora de saberse un ídolo.

Y tenía la estampa adecuada: «la cabeza siempre erguida, la mirada viva y ardiente, el paso ágil y la voz sonora». Arrogante y gentil,—como que era un auténtico aristócrata, hijo de Oidor real y de matrona encopetada o nieto de marqués,—parecía nacido para la gloria y el boato, para el halago y el aplauso.

Enfundado en su tenida impecable (casaca azul con faldo-
nes, charreteras doradas, pantalón blanco y sombrero picudo),
había trasladado su insignia al *San Martín*, realizando su sueño
de montar un navío a lo Churruca, y revistaba la flotilla que
iba a seguirlo a la victoria o a la vergüenza.

LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS.

Los aprestos, con todo, aun no estaban completos, O'Hig-
gins seguía luchando contra la pobreza de su caja. Para pagar
las dotaciones, para integrar el armamento y adquirir el ves-
tuario, amén de otros gastos que no admitían dilación, estaba
rasguñando en el vacío. El tesoro hallábase definitivamente
exhausto: el balance de la tesorería, en el pasado mes de julio,
había arrojado un saldo en metálico de \$ 119. Hubo de optar
al fin por un procedimiento desesperado: la recaudación de
emergencia. Pidió al Cabildo su ayuda, y a poco aparecían en
la capital unos insólitos cartelones, cuya lectura conmueve hoy
como entonces:

*«Ha llegado el caso, ciudadanos, de que hagamos los más ac-
tivos esfuerzos para satisfacer el objeto más urgente que se ha pre-
sentado en la América. Hay buques, marina y marciales aprestos;
sólo falta dinero para poner en movimiento nuestras fuerzas. Una
cantidad de poca consideración nos liberta de ingentes gastos y de
males que el tiempo puede hacer irremediables. No neguéis auxi-
lios que han de proteger vuestras vidas, vuestros hogares y vuestras
fortunas. Si la armada enemiga queda sepultada en esa tumba sa-
lobre, nuestro triunfo es cierto y en estos momentos pende de
vuestra generosidad. Dos mil quinientos combatientes nos amená-
zan: rechacémoslo cuando, lánguidos en una penosa expedición,
aun no han puesto la planta en nuestras costas: ya después se os
presentarán promontorios de dificultades. Venid a vencerlas con
oportunidad en la suscripción que se abre bajo los portales del
Cabildo. Veinticuatro horas contadas desde las 9 de la mañana*

de este día, es el espacio en que habéis de manifestar vuestro sentimiento».

Proclamas semejantes se emitieron en todos los pueblos, ya en carteles, ya de viva voz. Y una vez más, la ciudadanía respondió al llamado de su gran conductor. En sólo dos días había reunido los recaudadores una verdadera fortuna, mientras que por vía de empréstitos y multas percibía el tesorero otro tanto.

No se vió, ni se ha visto, una demostración tan viril y tan unánime de cohesión nacional. Como un solo puño airado, se levantaba la población para defender su libertad conquistada a la bayoneta.

El Director se trasladó entonces a Valparaíso con todo su ministerio, completamente entregado a dar culminación a su obra. Cualquier otro problema, por urgente que fuese, quedaba postergado.

Estaban con él, laborando de sol a sol, el Almirante de la Esquadra, los ministros Zenteno, Cruz e Irisarri, el gobernador del puerto, los capitanes Wooster y Wilkinson y el mayor William Miller, comandante de la marinería de desembarco. Un número de empleados menores pululaban en el despacho, mientras que dos correos semanales lo mantenían en contacto con Santiago.

La caleta solitaria se convertía en agitado puerto militar: la playa estaba llena del olor del alquitrán y la jarcia; se atropellaban los recaderos y rodaban hacia las lanchas los barriles con municiones y víveres. Emisarios recorrían la costa y los campos reclutando de grado o por fuerza los últimos tripulantes. Pescadores, labriegos y gañanes que sólo conocían la marina de nombre, llegaban a engancharse, vistiéndose, o mejor, disfrazándose de marineros. Jóvenes que abandonaban los libros por el espadín ingresaban en la Academia de Guardia Marinas creada a toda prisa para instruirlos. Y Blanco entretanto,—detalle emocionante,—clamaba por instrumentos e iba a

implorarlos a los capitanes de los buques extranjeros. «Se necesita un sextante». «Préstennos una escala de Gunster», «Falta un azimutal». «Por favor, un almanaque náutico»...

Exactamente como una compañía de aficionados que a última hora busca máscaras y trajes para la función de estreno.

O'Higgins, por su parte, daba los postreros toques a la preparación de la empresa. Extremando su astucia para asegurarse el éxito, recurría al misterio y hasta al ardid. Primeramente, nadie sino él sabía a dónde se dirigiría la Escuadra, porque es el caso que el propio Almirante ignoraba cuál sería su destino. Había lanzado la declaración de que el objetivo eran los puertos del Perú y «tal vez el Callao». El rumor, como el quería, llegó a oídos del Virrey, y al instante se concentró debajo de sus castillos la fuerza que andaba dispersa por el litoral. Un veloz bergantín llevó la alarma a Talcahuano, y Ossorio, que allí imperaba con siete buques y setecientos hombres, se embarcó al punto y corrió al Callao para ayudar a su defensa.

Talcahuano quedaba entonces desguarnecido por mar, O'Higgins, al saberlo, se sonrió con satisfacción...

El día 9 de octubre, el Almirante Blanco anunció por fin que estaba listo para dar la vela. Fué recibido por el Director en el despacho, y éste puso en sus manos las instrucciones escritas a que debía ceñirse la conducta suya y la de sus compañeros. Ellas iban dirigidas también a la posteridad, a todos los marinos chilenos del futuro; porque este mensaje ha sido escuchado y obedecido por las generaciones que le siguieron:

«El comandante en jefe no vacilará en atacar las fuerzas enemigas que encontrare, a menos que fueren muy superiores a las suyas y en cuyo ataque no haya probabilidades de triunfo a juicio prudente; pero, empeñado el combate, clavará el mismo de firme su bandera y lo verificarán igualmente los demás comandantes. No hay medio entre una muerte gloriosa y la ignominia que espera a nuestra oficialidad y a nuestra tropa si son rendidas.

Hacer volar los buques en último caso es el único deber que les prescribe el honor nacional y que les impone el Gobierno».

Esta proclama se leyó con bocina en los cuatro barcos, y fué saludada con gritos y gorras al aire. En los mástiles flameaban ya unos paños con borde azul: las banderas de salida.

¡ZARPAN!

El día siguiente, un alegre sábado lleno de sol y de brisa, madrugó la población de Valparaíso para asistir a un soberbio espectáculo. Cinco mil almas enmudecidas por la ansiedad aguardaban en la ribera el instante de la partida. Multitud de pequeñas embarcaciones recorrían el fondeadero visitando los buques: eran los amigos y familiares que iban a dar la despedida a sus deudos embarcados.

En los fuertes, en las reparticiones y hasta en las casas de los vecinos, tremolaba la bandera nacional como un solemne aniversario.

A las 8 de la mañana, O'Higgins y sus tres estadistas, vestidos de etiqueta, tomaron el bote del gobernador y pasaron entre los vivas de la concurrencia a bordo del buque insignia. Los soldados estaban formados en las cubiertas, los marineros trepados en las vergas. Parecía una escuadra veterana. El Director abrazó al Almirante en el alcázar del navío, mientras la banda de marina irrumpía con el himno de la nación. Tomados del brazo, los dos personajes pasearon por el puente cambiando sus últimas palabras: O'Higgins, pequeño y regordete, balanceándose al andar; Blanco Encalada, alto y fino, con elegancia de Lord: ambos de acuerdo en una cosa: en que la primera Escuadra de Chile debía y tenía que regresar vencedora.

Este fué el momento en que el Director hizo entrega al Almirante de un sobre sellado: eran las instrucciones secretas relativas a su destino. En la envoltura se leía: «Abrase en alta

mar, al día siguiente de la partida». Blanco, pues, seguía ignorando donde debía ir.

Se saludaron de nuevo en la escalera, cuando O'Higgins se retiraba; y este es otro instante digno de recordación posterior, porque Blanco delante de testigos, formuló a don Bernardo una promesa: «Traeré la espada del comandante español para obsequiarla a Vuestra Excelencia».

Una hora más tarde fueron recogidas las áncoras, y el *San Martín* (capitán Guillermo Wilkinson, inglés), el *Lautaro* (capitán Carlos Wooster, norteamericano), la *Chacabuco* (capitán Francisco Díaz, español) y el *Araucano* (capitán Raimundo Morris, irlandés), con un total efectivo de 1,106 hombres y 150 cañones, soltaron las lonas e impelidos por brisa del sureste, salieron lentamente de la poza.

Es la escena que el pincel de Somerscales ha dejado fijada en una tela inmortal. Seguidas de un enjambre de botecitos de remo, en los que las esposas y las madres daban su último adiós lloroso, y en medio de los acordes de las bandas militares y de los cañonazos de los castillos, se alejaban las cuatro gaviotas en demanda del mar abierto, contestando a su vez con una salva estruendosa, envueltas en penachos de humo, mientras que millares de pañuelos batían desde la tierra en su honor.

Todo el día estuvieron navegando en frente de la bahía, adentrándose en la inmensidad de las aguas. La muchedumbre subió a los cerros para acompañarlos con la mirada en su camino al horizonte. A las tres de la tarde se divisaban todavía los cascos pardos diluyéndose en el gris de la distancia. A las 7 sólo eran visibles las velas, cuatro puntos blancos recortados contra el sol.

Al entusiasmo había sucedido la tristeza. ¿Qué suerte esperaba a aquel puñado de valientes que el viento llevaba hacia la incógnita?... La mitad de los marineros no habían navegado nunca y debían ir mareados como mujeres; los capitanes y los

oficiales no hablaban el español; y el muchacho que los conducía era también un neófito que iba a hacer su debut. No podía, en realidad ser más melancólica la perspectiva que tenían por delante. Y los que entonces los miraban desaparecer tragados por la lejanía y por la noche, con no pocos motivos debían preguntarse si sería posible que regresasen...

Pero, como siempre, alguien no dudaba, y éste era O'Higgins.

El también había pasado el día mirando alejarse las naves, y ahora, rodeado de sus ministros, con quienes emprendía el camino de Santiago, las veía perderse en las tinieblas desde las alturas de la cuesta del Barón. Con serenidad y confianza había dicho aquella mañana: «*De esas cuatro tablas penden los destinos de la América*». Esta vez, con su inquebrantable convicción, les decía a sus acompañantes: «*Tres barcos dieron a los reyes de España el dominio del Nuevo Mundo; esos otros cuatro van a quitárselo*».

Sin darse cuenta, acababa de dictar dos frases para la historia y para las inscripciones de su futuro monumento:

EN ALTA MAR.

La Escuadra siguió navegando toda la noche en línea recta hacia el Oeste. A la mañana siguiente, hallándose entre mar y cielo, Blanco Encalada rompió el sobre sellado del Director.

Se le ordenaba en él dirigirse al Sur, sin dejarse ver del continente, y buscar al enemigo entre las islas Mocha y Santa María.

Entonces comprendió cuál había sido el plan de Su Excelencia: despejar el mar en la zona de Talcahuano, haciendo moverse hacia el Callao la fuerza de Ossorio, para en seguida atacar por separado al convoy de Cádiz y antes de que llegase a puerto.

Hay, sin embargo, quienes sostienen que O'Higgins no poseía el sentido de la estrategia...

Inmediatamente mandó Blanco izar bandera española en todos los buques y poner el rumbo hacia la Mocha. Desde su alcázar podía observar cómo su bisoño personal se expedía con lucimiento. Los tripulantes mareados permanecían en los dormitorios, mientras que los oficiales extranjeros, haciendo prodigios de mímica, lograban hacerse entender de los que servían.

Ello no impidió, con todo, que al amanecer del quinto día se descubriese la ausencia de la *Chacabuco*. Inútil fué escudriñar a los cuatro puntos cardinales: la corbeta se había extraviado durante la noche y su suerte era un completo misterio. El Almirante debía preguntarse con inquietud si era que los aventureros que la tripulaban se habían alzado con el buque, o que su comandante Díaz, español de origen, lo habría traicionado.

El hecho es que no había tiempo que perder, y hubieron de seguir adelante los otros tres, en doble peligro ahora, porque ya penetraban en latitudes comúnmente surcadas por las quillas del Virrey.

Iban, por añadidura, con el viento en contra,—los persistentes «sures» de la primavera—y avanzaban con penosa lentitud, zigzagueando en bordadas interminables. La jornada que se hacía en tres o cuatro días, se eternizaba así y el propio plan amenazaba frustrarse. Pues viniendo los de Cádiz de sur a norte, esto es, con viento a favor, podían estar ya en las decerzas de Talcahuano, y Blanco precisaba justamente interceptarlos antes de que aportasen.

Al cabo de diecisiete días de travesía, se hallaron por fin a la altura del puerto, manteniéndose siempre invisibles. Con la resolución que le era característica, tiró aquí el Almirante una carta audaz: se desprendió de su vela más ágil, el *Araucano*, y la mandó a explorar la costa en busca de noticias del

enemigo. Y afrontando los riesgos de la separación, se fué por su parte con los dos navíos a la isla Santa María.

En sus proximidades tuvo un encuentro que iba a serle utilísimo. Se cruzó con una fragata neutral, la inglesa *Shakespeare*, que merodeaba en persecución de ballenas. Púsose al habla con ella, y de labios de su patrón supo las primeras nuevas de la expedición gaditana. Cuatro días antes, decía el capitán inglés, había avistado una parte del convoy navegando frente a la isla y, al parecer, dirigiéndose a Talcahuano.

El enemigo estaba cerca: tal vez era cuestión de horas el encontrarlo.

Sin demora siguieron el *San Martín* y el *Lautaro* hacia la Santa María, donde era evidente que hallarían indicios del derrotero de los peninsulares.

EL PRIMER CONTACTO

No bien llegaron a la isla, presentáronse a bordo cinco marineros que allí había, solicitando hablar con «er señó comandante». No necesitaban decir que eran españoles, pero sí informaron que pertenecían a la expedición de Cádiz y que el capitán Capaz los había dejado allí con un pliego de instrucciones para los dispersos buques de su comando.

Como los de Blanco ostentaban todavía la bandera de España y él mismo hablaba en su idioma, no dudaron los buenos andaluces hallarse ante gente del Virrey, y sin que fuese necesario interrogarlos, dijeron cuanto sabían del ya famoso convoy.

La expedición había sido un completo desastre: una odisea que ya duraba cinco meses largos.

A consecuencia del tifón que dispersó las naves en la cercanía de la línea, habían seguido éstas navegando por separado, ignorantes cada una de la suerte de las demás. Muy al sur lograron reunirse, pero al doblar el Cabo de Hornos, donde cada

año hay una tempestad que dura doce meses, fué otra vez la formación desintegrada, y ya no volvieron a encontrarse las destartados cascos. El escorbuto, por otra parte, había cundido a bordo como una plaga incontrolable. Los hombres morían por decenas: una estela de tiburones seguía a los barcos esperando la cotidiana ración de cadáveres. Las cubiertas eran lazaretos, las cámaras confesionarios, y ya no había brazos para la maniobra.

El escorbuto era la enfermedad típica en los interminables viajes a la vela: sólo vino a desaparecer cuando el vapor y el frigorífico se incorporaron. Todo su origen estaba en la falta de frutas y legumbres frescas en la alimentación diaria. Hoy se dice: ausencia de vitamina «C». Comenzaba con síntomas vulgares: fiebre, decaimiento y dolores; luego se debilitaban y sangraban las encías, se soltaban y caían los dientes; venían después las hemorragias internas y finalmente las complicaciones. Y no había contra el mal más que un antídoto: los vegetales frescos, a cuya influencia podían mejorar y salvarse incluso los moribundos.

Pero el desdichado Capaz no había hallado donde procurárselos ni se sabía entonces qué eran las vitaminas; y allí estaban sus dotaciones fatalizadas y su convoy deshecho.

Agregaban los marineros que los tres primeros transportes, la *San Fernando*, la *Atocha* y la *Escorpión*, habían llegado a Talcahuano unos días antes, y que luego de desembarcar seiscientos enfermos, habían continuado al Callao. La *Especulación* había pasado directamente al Perú con 40 muertos y 160 escorbutosos. Debía encontrarse, en cambio, en el puerto la *María Isabel*, buque comandante, y tres velas más, todas en regulares condiciones y repuestas de sus penalidades.

No precisaba el Almirante averiguar otra cosa. Dejó en tierra a los andaluces, que ingenuamente le desearon buena estrella, y partió en demanda del contendor.

BLANCO PROVOCA

Debería actuar, según sus presunciones, en inferioridad de fuerzas, porque aparte de aquellas cuatro unidades tenían allí los realistas una buena artillería y 1.600 soldados de guarnición. Pero ello no lo amedrentaba, «y ambicionando», refiere él mismo, «que la Marina chilena señalase la época de su nacimiento por la de su gloria», corría a todo trapo en dirección a Talcahuano.

Al anoecer estaba en las proximidades de la entrada de la bahía. Fondeó y aguardó la luz del nuevo día para presentarse por sorpresa en una aparición espectacular.

Amaneció el 28 de octubre de 1818. Los habitantes y las autoridades no esperaban, ciertamente, una contingencia, engañados por la estratagema de O'Higgins. Creían que todo ocurriría en Arica o el Callao. El comandante Juan Francisco Sánchez, jefe de las tropas locales, se hallaba con éstas en Concepción. La *María Isabel*, contrariamente a lo previsto, estaba sola y anclada medio a medio de la poza. Capaz y su gente hallábanse a bordo; sólo habían bajado los pasajeros y los funcionarios que viajaban en ella.

Era un barco casi nuevo, construido en las orillas del Neva y vendido al rey por su amigo el Emperador de Rusia. Medía 1,220 toneladas y si no era tan grande como el *San Martín* ni tan maciza como la *Esmeralda*, seguramente fué la más bella embarcación que en aquellos tiempos flotó en el Pacífico. Las formas de su casco recordaban las de un pez; sus compartimentos tenían el lujo de los de un yate imperial, y sus inmensos mástiles parecían perderse en la altura.

Manténía los cañones ocultos y la marinería retozaba en cubierta o en las hamacas disfrutando del ocio...

Pero a las 11 de la mañana, los vigías avanzados en la costa delataron la presencia de dos navíos que pasaban frente

a la boca menor de la bahía, entre la península de Tumbes y la isla Quiriquina.

Pusieron a Capaz sobre aviso, y éste trepó a una cofa con su antejo. No halládoles catadura de españoles, mandó izar bandera roja y tirar un cañonazo de alarma. Sus artilleros corrieron a sus puestos: pronto los cincuenta cañones aparecieron reluciendo por las carronadas.

Inmediatamente contestó Blanco desde la distancia con otro disparo al aire, a tiempo que levantaba en ambos buques el pabellón británico. Deseaba mantener al contrincante inactivo para darse tiempo a entrar y ponerse en facha.

El español, empero, no caía en el ardid, y mientras su catajejo escrutaba fijamente a los sospechosos, hacía a sus hombres tener los lanzafuegos en la mano, prestos a la descarga.

A las doce los chilenos dieron la vuelta por detrás de la Quiriquina, e impávidos entraron en la rada a velas desplegadas.

Hubo unos minutos de espectación. De pronto, sin meditar tal vez lo que hacía, Disparó Capaz cuatro balazos sucesivos, calculando, sin embargo, de no apuntar.

Entonces arrió Blanco las banderas inglesas y elevó en su lugar las de Chile. Se había quitado la careta y lanzaba el guante. Iba a luchar con ventaja, dos contra uno; pero tenía el viento por la espalda y no podría retirarse en caso de ser superado. Ay, pues, de los suyos si la suerte les era adversa.

La población se había echado a las calles y corría a las colinas para presenciar la contienda desde lugar seguro. Los pequeños cañones de la época debían allegarse casi a tiro de fusil para alcanzar sus blancos. Los sesenta barcos que lucharon en Trafalgar se chamuscaban unos a otros con las llamaradas de sus culebrinas. En Jutlandia, un siglo después, los doscientos sesenta participantes se disparaban desde detrás del horizonte; y el *Almirante Latorre* (entonces *Canadá*), podía hacer sus impactos devastadores desde veintidós kilómetros. Mientras su

proyectil viaja por el espacio el enemigo tiempo de encender un cigarrillo y contar un chascarro.

En las modernas lides navales, sólo con el anteojo pueden verse las partes. No les es dado a los marineros cambiar insultos y cuchufletas, como en aquel momento acontecía entre realistas y patriotas.

EL COMBATE

El comandante español dejó aproximarse al chileno, y cuando tuvo a sus navíos casi encima, les vomitó una andanada de veinticinco bombas simultáneas con todos los cañones de babor. La *María Isabel* crujió y reculó en su fondeadero, quedando por un instante envuelta en su propia humareda. El horrible estampido retumbó en los cerros. Una verga del *Lautaro* voló hecha astillas; el *San Martín* quedó perforado encima de la línea de flotación. Ninguna pérdida humana causó este vendaval de hierro; pero el almirante Blanco había quedado sordo para todo el resto de su vida.

Aturdidos los chilenos por aquella acogida furibunda, no osaron contestar y permanecieron como esperando una segunda descarga. El almirante debió entender que su rival quería batiarse con desesperación y que la lucha iba a ser espantosa. En esta creencia, se decidió a colocar sus naves una a cada banda de la fragata, para acribillarla con doble fuego...

Pero entonces ocurrió una cosa inexplicable, que lo dejaría tan confuso como la recepción que acababan de hacerle.

Picó sus cables la *María Isabel*, aparejó a toda prisa, y dejándose empujar por el viento del noroeste, fué ignominiosamente a embancarse en el fondo fangoso de la isla de Rocoán.

Era tan extraña esta actitud, tan insólita, que por un rato no supo qué hacer Blanco, quien cambiaba con sus capitanes miradas de asombro. Podía creerse que era un ardid tendiente a engañarlo. Pero allí estaba la fragata, inclinada y metida en el barro, como un cetáceo.

Había que rodearla. Puesto que no quería combatir la tomarían al asalto y sería conquistada conforme a la manera de que los propios españoles eran creadores: el abordaje.

Tirando al aire para hacer en apariencia más terrible su avance, navegaron los dos buques hasta situarse cerca de la nave de Su Majestad. Aquí ocurrió algo más triste aún. Abandonaron sus puestos los tripulantes y lanzáronse al agua, a nado algunos, en los botes los otros, para fugar hacia la ribera en desorden. En balde gritaba Capaz, llamándolos al deber: la consigna era salvarse. Sólo setenta fusileros permanecieron a bordo, las armas en la mano, dispuestos a la resistencia.

Entablóse entonces un tiroteo a fusil de cubierta a cubierta y casi a boca de jarro. Durante una larga hora estuvieron cambiando balas, parapetados detrás de las bordas. No lograron hacerse daño, y al cabo comprendió Blanco que por este medio no lograría su objetivo. Y como estaba resuelto a conseguirlo a todo trance y a cualquier precio, echó mano de un recurso extremo, como los que luego iba a emplear Cochrane y más tarde Prat.

Escogió entre los marineros de desembarco los cincuenta más decididos, armándolos de pistola y machete, dióles por caudillos a sus dos mejores tenientes, Bell y Crompton, y los despachó en los botes con una orden: tomar la *María Isabel* de un modo u otro.

Lo que se siguió fué un cuadro de arrojó y de denuedo que quizá no tiene parangón. El asalto a la *Esmeralda*, dos años posterior, fué sin duda una hazaña; pero favorecieron el golpe la obscuridad y la sorpresa. La *María Isabel* fué abordada a pleno sol por un pelotón de mocetones que iban anunciándose desde lejos con los gritos y las risas con que pretendían estimularse. Llegaron hasta la fragata afrontando las granizadas de los fusileros enemigos, y treparon a ella atropellando a los que intentaban defenderla. Una vez a bordo, fué cuestión de momentos dejar aquella tropa eliminada. Los machetes no die-

ron ya ocasión a los fusiles. Y el griterio ensordecedor de los que los manejaban, acabó de introducir la confusión en cada soldado hispano. Se entregaron prisioneros hasta el último. El propio Capaz, casi sin darse cuenta de lo que ocurría, se encontró encerrado y custodiado en su cámara.

Sin sangre casi, magistralmente, se había cumplido una acción que parecía irrealizable. El valor impávido equivale al cinismo: deja al enemigo perplejo y en disposición de derrota.

SITUACIÓN PELIGROSA

La bandera real descendió marchita del pico de mesana, y en su lugar remontóse la chilena entre una salva de pistolazos y de risotadas. Los rotos del Almendral zapateaban y daban pasos de zamba en la cubierta. La Escuadra de O'Higgins, nacida bajo una bendición feliz, tenía un barco más y el primero de sus grandes galardones.

Pero, ¿qué hacer con tan bella presa pegada en el lodo? Trataron de reflotarla, y por mucho esfuerzo que gastaron no se conmovió siquiera. Se necesitaba el doble de brazos para tirar de la cadena, amén de la ayuda del viento y la alta marea, que aun no venían. Así el peligro de perder la conquista se hacían inminente. En la vecina Concepción había cerca de dos mil soldados y siete cañones volantes que podían aparecer en cualquier momento en Talcahuano para recuperar la nave o incendiarla.

El Almirante lo previó, y rápidamente adoptó sus medidas. Mandó 150 soldados a instalarse en la playa para interceptar aquel posible ataque, e hizo salir a galope al mayor Miller, su comandante de marinería, con proposiciones para Concepción.

Apeló este parlamentario al buen sentido de Del Hoyo. Le hizo ver la inutilidad de proseguir una lucha que los peninsulares tenían perdida y que los propios soldados del Rey estimaban injusta. Con franqueza lo invitó a cesar las hostilidades y

ofreció para él y los suyos el más leal tratamiento de parte de la República si permanecía en el país como gente de paz... Del Hoyo, indignado, rechazó de plano la invitación, respaldado por Sánchez y por todos los personajes militares y civiles que lo acompañaban. Expresó que la independencia de Chile era sólo un episodio, un hecho feble y pasajero; que España reinaba firme en Concepción, en Valdivia y en Chiloé, como pronto volvería a reinar en el norte, y que era por tanto una pedantería y hasta una insolencia traer una tal propuesta. En su cólera tuvo un rasgo sarcástico: dijo que eran los españoles quienes tratarían bien a los chilenos si éstos deponían las armas.

Justamente entonces salían para Talcahuano las tropas de la guarnición destinadas a recobrar o destruir la fragata apresada. Cuando Miller, en su justo derecho de embajador, quiso retirarse, se le puso entre guardianes, notificándosele que volvería al puerto, pero sin apartarse de las filas. En balde protestó de este trato inícuo, que equivalía a una condena a muerte, ya que iba a estar expuesto al fuego de sus propios camaradas.

Dos horas más tarde llegaba la fuerza al teatro de las acciones. El Almirante la vió venir y calculó que su número por lo menos era diez veces mayor que la que él mantenía en la playa. Vió también los cañones que traían, los cuales se adelantaban a la carrera para ser emplazados en lugares estratégicos. No descubrió la presencia de Miller, a quien colocaron, con toda maldad, fuera de vista.

Dió la orden de fuego. Durante una hora y media se cambiaron descargas de fusilería. Peleaban a la distancia, porque los realistas se habían parapetado en las casas del pueblo. Los patriotas, sin resguardo alguno combatían tirados boca abajo en la arena, condenados en apariencia a una mortandad.

Luego entraron en acción los cañones, arrojando sus balas desde siete ángulos distintos.

Blanco, pegado a su antejo, verificaba el mal cariz que iba tomando este combate desigual. Sus hombres no tenían munición para mucho tiempo y ya se reducían sus filas por las primeras bajas. Hubiera podido ayudarlos con la artillería de los navíos; pero el viento había cesado y no le era posible moverse para tomar posición, Si disparaba desde donde estaba iba a pegar a sus propios connacionales. Debía ser espectador impotente de lo que parecía iba a tornarse en un descalabro.

Pero el tiempo transcurría sin que el pequeño destacamento diese muestras de flaqueza. Y ello mismo fué causa de que la lucha cambiase de fisonomía. Viendo el enemigo que a fusil no lograba imponerse, dejó sus parapetos y vino en busca de una decisión cuerpo a cuerpo...

En mala hora lo hizo, porque en igualdad de condiciones ya se sabía cuál era el resultado. Chocaron a culatazos, rodando a la vera misma del agua. En pocos minutos estaban los papeles invertidos y de cada diez realistas, tres por lo menos corrían a guarecerse a sus posiciones primitivas.

Los cañones habían cesado el fuego, temiendo herir a sus parciales. Pero detonaciones más fuertes irrumpieron entonces ante la sorpresa general. Era que la *María Isabel* se había puesto a disparar con sus dos culebrinas de proa. Aprovechando la colocación en que se hallaba, podían Crompton y Bell tirar de refilón sobre los realistas en retirada. Maniobra temeraria, porque amagaba las cabezas de los patriotas; pero oportuna y hasta decisiva, porque determinó el pronto y completo repliegue del otro bando.

EL FINAL

Cayó la noche sin que estuviese resuelta aquella disputa que ya duraba ocho horas.

Los chilenos abandonaron la playa a su vez y pasaron a bordo de la fragata en previsión de un asalto nocturno.

Empezó a soplar un norte huracanado, y a las doce llovía a cántaros. Era inútil todo intento de sacar el buque del fango. No obstante, ni uno ni otro adversario se dejaba estar: ambos velaban y conspiraban en las tinieblas, para sorprender y no ser sorprendidos.

Así fué que a las 3 de la mañana, tres botes cautelosos atracaron al costado y una partida de valientes probó a embarcarse. Los nuevos dueños de la nave saltaron al punto en su defensa, y una lluvia de proyectiles desbarató la tentativa. El nuevo día encontró a las fuerzas en posiciones más estratégicas, dispuestas para un duelo a vida o muerte. Los soldados españoles formaban en los tejados y bocacalles, con munición y con ánimo para pelear hasta el fin; y sus piezas volantes habíanse corrido hacia el mar, para ganar en eficiencia. El *San Martín*, por su parte, se había movido también durante la noche hasta situarse casi junto a la fragata, con la intención de proteger la maniobra próxima de desvarazón.

No bien alumbró el alba, se reanudó la batalla anfibia a fusil y cañón. Es otro momento perpetuado por los pinceles de Somerscales. Bajo una capota de nubes grises, Talcahuano se ensordecía en el estruendo del tiroteo. Viniéronse otra vez los realistas a la ribera, y granizos de plomo siguieron cambiándose entre tierra y mar. La artillería disparaba sin interrupción: no menos de trece impactos hoyaron el casco del *San Martín*, cuyas maderas volaban en virutas. Pero los cañones de los tres buques tronaban también sin reposo, a bala y metralla, y pronto empezaron a verse las bajas del lado contrario.

El humo envolvía a los hombres y a los bajeles, mientras en el agua reventaban los penachos de los tiros perdidos.

Blanco Encalada estaba en el puente de su navío, anteojos y bocina en mano, y a la manera romántica de Nelson paseaba con tranquilidad, expuesto al fuego, dando sus órdenes.

El tiempo mejoraba desde el amanecer: cesó el ventarrón y apareció un hermoso sol. A las 11 de la mañana sopló el

viento Sur, precisamente cuando la marea estaba subiendo. Un griterío saludó el acontecimiento a bordo de la *María Isabel*. Los doscientos hombres que la ocupaban dejaron las armas y corrieron hacia los aparejos. Fué soltado el velamen—cada lona sonaba al inflarse como otro cañonazo, tan fuerte era el viento—mientras la gente, estimulándose a palabrotas, tiraba la cadena del anclote de popa.

De pronto, ante el asombro de todos, la pesada môle se movió, recobrando su posición normal, y quedó meciéndose.

Tan sorprendente era la proeza, que como por ensalmo se acallaron los disparos, y en completo silencio contemplaban realistas y patriotas deslizarse la nave por la bahía...

El combate había terminado a las veinticuatro horas de iniciarse. Los navíos siguieron a la fragata, y la victoriosa escuadrilla vino a detenerse fuera del alcance de los fuegos de tierra. Desde el puerto podían oír los espectadores la algazara de las dotaciones aclamándose a sí mismas.

A las tres de la tarde, una lancha llevó a la orilla al vencido Capaz, reintegrado a la libertad como valiente. El mismo bote trajo a bordo a Miller, escapado a la muerte por milagro y devuelto a los suyos en concepto de canje.

Entonces el Almirante saludó la plaza con una salva de vencedor, de veintiún cañonazos, y salió a la mar a velas combadas.

Su ambición quedaba cumplida: la Marina independiente señalaba la época de su nacimiento por la de su gloria. Y una bizarra tradición—la de no fracasar, la de no ser nunca vencidos—había sido creada. Porque los grandes éxitos posteriores, a través de los años, y ya puede decirse de los siglos, no han sido sino bajo la inspiración de aquel primer ejemplo electrificante. «Victoria o muerte gloriosa».

Con certeza, pensaba Prat en el heroísmo de Talcahuano, sesenta y un años después, al saltar sobre el *Huáscar* sin esperanza alguna.

REGRESO Y APOTEOSIS

Blanco no estaba satisfecho: deseaba completar su obra apresando otros barcos de la expedición. Con este propósito dirigióse otra vez a la isla Santa María, por donde supuso debían pasar. Pero no llegó allí sin sufrir en el trayecto dos percances que pudieron serle fatales. Al salir de la bahía tocó el buque insignia en un banco, por la impericia del piloto, y fué preciso, para reflotarlo, aligerar su peso vaciando los toneles de agua dulce. Más adelante, el viento y las corrientes lo arrastraron hacia la costa, y por dos veces estuvo a punto de irse encima de las escolleras.

Compensó estos peligros el encontrar en la isla a la desaparecida *Chacabuco*, a la que otro piloto inexperto había hecho extraviarse. Fué destinada a voltejear delante de Talcahuano al acecho de novedades, mientras la escuadrilla quedaba en Santa María con el mismo objetivo.

Al cabo de una tediosa inmovilidad de siete días, apareció una vela inesperada: era el bergantín *Galvarino*, adquirido por Zañartu en Buenos Aires. Al día siguiente se presentó el *Intrépido*, otro bergantín, fletado por las Provincias Unidas del Plata y cargado de vestuario y armamento. La Escuadra de la nación crecía como por obra de magia: ya podía Blanco considerarse invencible.

Finalmente hizo su aparición el primero de los esperados transportes de Cádiz: la fragata *Dolores*. En pos suyo aportó la *Magdalena*, y en corto intervalo, el tercero y último: la *Elena*.

Las tres llegadas fueron otros tantos dramas. Pues hallándose los chilenos con bandera española, venían los de Cádiz confiadamente a ponerse al costado de la *María Isabel*, y éste era el momento en que el buque almirante disparaba un cañonazo de intimidación e izaban todos el pabellón nacional. Refiere Miller, como testigo, que entonces daban los infortunados expedicionarios un solo grito de espanto, para en seguida

prorrumpir en lamentos e implorar clemencia, pues que había-seles dicho «que los insurgentes no daban cuartel a nadie». Era, por lo demás, de todo punto deplorable la condición en que llegaban estos jirones del convoy. Habían muerto en la travesía sobre doscientos escorbutosos, y otros tantos yacían acabándose en las cubiertas. Y dice Miller, «tan sucias y grasientas estaban éstas, que era difícil mantenerse en ellas de pie».

Desmintiendo el prestigio sombrío que se les confería, hizo Bulnes desembarcar a los enfermos e incluso les procuró los primeros auxilios.

Luego distribuyó los prisioneros en todos los buques, en previsión de alzamientos, y tripuló los transportes como mejor le fué posible. Los tenientes debían hacer de capitanes y los guardiamarinas de tenientes. Recogió el *Araucano*, que dejara vigilando la costa, y dejó en su lugar a la *Chacabuco*, a la mira de Talcahuano, espiando la eventual aparición de otras presas.

Empujado por un poderoso sur, tomó el regreso de Valparaíso, adonde llegó en sólo dos días y medio.

El buque insignia, bautizado a fuego, volvía acribillado, negro de humo, y las velas rotas: la más bella manera de volver cuando se viene de donde él venía.

La recepción popular fué delirante. Una barca neutral había traído la noticia de la victoria: la ciudad esperaba embanderada a los héroes. El Almirante entró al puerto entre ovaciones, saludado desde lejos por las salvas de los fuertes; y al bajar a tierra fué rodeado y seguido por la multitud, que quería llevarlo en andas.

Inmediatamente partió a Santiago. A mitad del camino encontró la carroza del Gobierno, que el Director le enviaba para trasladarse. Una partida de soldados que lo cruzaron en el trayecto, hizo detenerse el carruaje para lanzarle los vivas de rigor. Al entrar en los suburbios de la capital, el pueblo se arrémolinó y quiso desenganchar los caballos para tirar el coche por sus manos.

Llegó a la plaza entre una muchedumbre que luego se estacionó ante el palacio reclamando su presencia en los balcones.

La escena del abrazo con O'Higgins fué intensa hasta el punto de no poder ninguno de los dos articular palabra. Tardaron mucho en serenarse para comentar el prodigio de aquellas «cuatro tablas» que retornaban convertidas en nueve.

Se siguieron diez días de incesante fiesta: los grandes salones se abrieron para homenajear al invicto. Los saraos y los banquetes traían a la sociedad excitada como en un carnaval. Y no fué poco incentivo a la alegría, la nueva de que la corbeta *Chacabuco* acababa de llegar a Valparaíso conduciendo otros dos transportes—los últimos—como epílogo de esta hazaña que aun parecía increíble.

Las «cuatro tablas», ahora eran doce. Chile tenía, por fin, una Marina a la europea y podía imponer su voluntad en el Pacífico.

Pero nada fué tan emocionante para el público, ni tan conmovedor para su destinatario, como el envío que en estos momentos de exaltación hacía a O'Higgins el galante nauta:

«Mi venerado general:

Con mi ayudante de órdenes remito a V. S. el sombrero y la espada que se me dijo ser del comandante de la «María Isabel», felicitándome de haber podido cumplir a V. S. mi palabra.

(firmado) MANUEL BLANCO ENCALADA».